

## PORTUGAL: EJERCITO Y DEMOCRACIA

**M**ARX —con perdón— escribió hace muchos años que una sociedad nueva que se forma sobre otra destituida «es aún una sociedad que, sobre todos los aspectos, económico, moral, intelectual, tiene aún las marcas de la sociedad antigua de la que sale» («Crítica del programa de Gotha»). Portugal sale de una sociedad plomiza, pesada, tenazmente deformadora, que ha tenido medio siglo de existencia. Le va a costar muchos años desembarazarse de tanto barro.

Los hombres que tratan de hacer brotar una sociedad nueva y que tienen como objetivo marcado y visible una democracia occidental, salen, ellos mismos, de la sociedad antigua con una serie de marcas y de cicatrices, con una especie de cárcel interior, que es a veces más difícil de abolir que la externa; pero hay otros junto a ellos que ni siquiera tienen en realidad el deseo de construir una democracia auténtica, con todos sus instrumentos reales en funcionamiento, sino una democracia formal, presentable y aceptable. Hombres que están en el Gobierno, y en muy altos puestos, que proceden del Régimen anterior y que han ayudado a cambiarlo simplemente porque no valía, pero que en realidad temen un estallido de las libertades. Con todos ellos se ha formado rápidamente una serie institucional de poderes provisionales, creados en forma que unos puedan vigilarse a otros: la Junta de Salvación Nacional, el Movimiento de las Fuerzas Armadas y su Junta de Coordinación —de la que ha salido el nuevo jefe de Gobierno—, la Presidencia de la República, el Consejo de Estado, el Gobierno...

En gran parte, estas instituciones cruzadas están dirigidas por hombres que tenían puesto de mando y responsabilidad en el Régimen anterior, fuera cual fuera su actitud interior contra él o con respecto a él. Y de ellos surge la originalidad del cambio portugués de Régimen. Un cambio sin revolución, deliberadamente no violento, con un relativo precedente en el 14 de abril español, aunque la República tuviera inmediatamente modalidades de cambio visible mucho más rotundas. De la misma génesis de este cambio surge la actual crisis. «Un episodio», dice Alvaro Cunhal, secretario general del partido comunista portugués y ministro sin cartera del Gobierno caído. Un episodio, ciertamente, de muchos más que han de seguir; pero un episodio extraordinariamente importante, por cuanto revela.

**D**ESDE el mismo 25 de abril del golpe de Estado, su protagonista (o inspirador, o figura clave, o como se quiera llamar a este enigmático personaje), el general Spínola, y los muy moderados elementos de la Junta hicieron un esfuerzo considerable por mantener la situación dentro de una moderación política. Desde el respeto a los detenidos, como Caetano y Thomas (hasta facilitarles el más cómodo y grato exilio), hasta la renuncia a reconocer los partidos políticos (aun los nombres de los participantes en el Gobierno provisional se hizo en virtud de su representación personal y no de grupos; una ficción, indudablemente, pero cuidadosamente señalada), hasta las últimas manifestaciones del Presidente y del jefe del Gobierno, el moderado, o centrista, Palma Carlos, con el nombramiento del antiguo ministro de Educación de Caetano, Veiga Simão, para el puesto de representante de Portugal en la ONU (¿cómo puede representar un Gobierno descolonizador en un organismo que ha de tratar de ese tema un ministro del Gobierno ultracolonia?), las detenciones de militantes, las multas a periódicos y el establecimiento de sistemas de censura sobre la prensa y la televisión. La dirección spinolista del país ha ido poniendo estas trabas al desarrollo del nuevo

sistema de vida democrática y de la buscada innovación social del país de una forma enormemente inteligente: sin ninguna fuerza, sin ninguna violencia, sin una oposición real, sino simplemente modificando, nombrando, suprimiendo, sustituyendo.

Las fuerzas de los partidos populares no han podido en ningún momento, deshacer esa labor continua. Están en una posición endeble. En primer lugar, han entrado en el mecanismo de gobierno sabiendo que la fuerza no era suya; han entrado —como el partido comunista— para contener, para aplazar, para convencer al pueblo de que hay que aceptar una situación de espera. El spinolismo las utiliza en ese sentido; ellas utilizan el spinolismo para estar presentes en la vida política, para poder crear sus partidos y dar a sus militantes una educación política, para rehacerse antes de las elecciones señaladas para el 25 de abril del año próximo (como plazo máximo).

Desde más a la izquierda, desde los grupos que se acostumbran a llamar maoístas o trotskistas, pero que no son menos portugueses que los otros, esa situación parecía irreal. Encontraban que el momento de hacer la revolución real había llegado, y que los Gobiernos provisionales o las esperas hasta las elecciones no podían hacer más que desmontar un mecanismo espontaneísta que estaba en marcha desde el primero de mayo. Su agitación caía bien en unos medios sociales obreros profundamente batidos por un fascismo capitalista que no habían encontrado en el movimiento del 25 de abril, ni en la actualidad tampoco, solución a sus problemas económicos. No tenían razón para desarmar la lucha de clases. Las huelgas se sucedían y se encadenaban.

El partido comunista había aceptado el Ministerio de Trabajo: un puesto clave para contener las huelgas por la irradiación del partido, pero que al mismo tiempo no podía negar las reivindicaciones obreras. Un puesto, digamos, imposible. Ha sido el más desgastado del Gobierno



Antonio de Spínola habla con los periodistas, tras el anuncio de disolución del anterior Gobierno.



El nuevo primer ministro, Vasco Gonçalves, es un coronel, también figura importante del 27 de abril.

(el otro, el de Asuntos Exteriores, con la descolonización a su cargo, es aquel en que se pretendía quemar al líder socialista Mario Soares) y en cierto modo el causante indirecto de la crisis. Palma Carlos pretendía actuar con energía contra las huelgas y los manifestantes: los tres puntos presentados al Consejo de Estado, y negados, para su ampliación de poderes hubieran tenido como consecuencia una acción anti-huelgas y una nueva censura de prensa que hubieran hecho saltar a los comunistas y a los socialistas del Gobierno (Soares ha declarado ya que no habrá socialistas en un Gobierno sin comunistas) para ir a la siempre engañosa, siempre falaz, fórmula de «centro».

NO es fácil discernir ahora la colusión —si la había— o el acuerdo interior entre Spínola y Palma Carlos. Parece que entre los dos gobernantes hay mucha identidad. Todos los movimientos de retroceso y de moración de estos últimos tiempos han sido bastante compartidos. Desde hace ya algún tiempo, los partidos políticos de la izquierda están haciendo advertencias en el sentido del regreso a la reacción. «La libertad de prensa es casi una ficción —decía Manuel Serra, del partido socialista, en un reciente comicio de su partido—. No nos hagamos ilusiones: este país sólo será nuestro cuando hagamos el asalto final al baúl de los capitalistas». Y Alvaro Cunhal hablaba al partido comunista de la «navaja de dos filos» que es la reacción, y cómo la huelga puede ser utilizada precisamente con sus dos filos: esa «conquista imprescindible de los trabajadores» tiene que «ser usada con cuidado, y sólo cuando todas las posibilidades de negociación se hallen agotadas».

Pero nada más explícito que la nota oficial del partido comunista del 7 de julio: «El partido comunista portugués verifica con inquietud que han sido hechos por el Estado nombramientos (en departamentos gubernamentales, en el funcionariado, en el aparato diplomático, en la administración colonial, en las autarquías locales, en los órganos económicos) de personas altamente comprometidas con el régimen fascista y que no han dado hasta hoy ninguna prueba de su disposición para servir al nuevo curso democrático de la política portuguesa». «Se acumulan tendencias y proyectos para dificultar y anular el proceso de democratización, para reducir peligrosamente las libertades esenciales, incluso para sustituir el actual sistema de gobierno, basado en una amplia coalición de fuerzas políticas, democráticas y liberales, por un sistema basado en sectores de la derecha y en una política de fuerza».

SE puede especular, llegando casi a límites de adivinación del pensamiento, que Palma Carlos y Spínola habían podido combinar la presión del jefe del Gobierno hasta el punto de dimitir, de manera que con los poderes solicitados por él pudiera formar un nuevo Gobierno, excluyendo de él a comunistas y socialistas. La requerida elección inmediata de Presidente de la República hubiera dado por resultado que Spínola, que ocupa este puesto por designación directa, la habría refrendado por votación popular, y entonces hubiese sido muy difícil que sus propios compañeros militares le desmontasen de él.

Como se sabe, desde el mismo 25 de abril circula la impresión de que los verdaderos autores del golpe son los mandos medios del Ejército, que prefirieron de



A la izquierda, el dimitido primer ministro, Palma Carlos. Derecha: Costa e Gomes. ¿Se habrá revaluado su papel?



El ministro sin cartera del anterior Gobierno, el comunista Alvaro Cunhal, ha caificado la crisis de «un episodio».

## PORTUGAL

signar a sus superiores de los que tenían prueba de honestidad y seriedad —como Spínola— para la dirección del movimiento, pero que en cualquier momento pueden volver a reconsiderar la situación. Ese es el papel que se atribuye a la Junta de Coordinación de las Fuerzas Armadas.

Sería entonces esta Junta la que haya podido evitar esa maniobra, y sustituirla con dos hechos de gran importancia que se han producido simultáneamente con la crisis: la decisión de que los generales sean nombrados por elección entre los coroneles, y no por decisión del Alto Mando, y la creación de unos comandos militares que deben garantizar el orden y la seguridad del país. Por un momento se pensó que iba a dirigirlos el general Costa e Gomes, el que fue jefe del Alto Estado Mayor cuando Spínola era segundo jefe, y los dos fueron destituidos por Caetano (se ha dicho siempre que Costa e Gomes está a la izquierda de Spínola), pero la elección ha recaído en un joven mando de la Junta de Coordinación, Otelo Ferreira de Carvalho, nombrado general de Brigada para esta ocasión: uno de los alzados del 25 de abril, de quien se dijo en algún momento que era «el más importante», el que había elaborado los planes del movimiento. Es un hombre de Costa e Gomes, y finalmente, los Comandos Continentales dependen del jefe del Estado Mayor Central, y no de la autoridad civil.

**O**TRO hombre de Costa e Gomes, Vasco Gonçalves, ha sido finalmente el primer ministro. Un coronel, también figura importante —aunque menos popular que la de Otelo Carvalho— del 27 de abril. Ha prevalecido sobre Firmínio Miguel, que era el candidato spinolista —el ministro de Defensa dimisionario, junto con los otros ministros centristas y Palma Carlos—, que podría haber sido el encargado de la maniobra de Palma Carlos de hacer saltar la izquierda del Gobierno.

Vasco Gonçalves ha sido hasta ahora parco en palabras (cuando se escriben estas líneas, aún no ha nombrado los miembros del Gobierno), pero ha dicho las suficientes: que pretendía mantener la coalición, que habría tres o cuatro ministros militares, que probablemente Alvaro Cunhal seguiría en el Gobierno. Y que sus dos objetivos inmediatos eran una ley electoral y una ley de regulación del derecho de huelga. Por ambas conoceremos cuáles son sus verdaderos propósitos, porque las dos son claves para la democratización de Portugal. Y ambas serán —sus líneas generales— las que determinen a comunistas y socialistas a seguir formando parte del gobierno.

**D**E este «episodio» de la crisis parecen salir, por consiguiente, cosas muy importantes, si se confirman. La primera, una cierta disminución del papel de Spínola y una reevaluación del de Costa e Gomes (¿podrá ser Costa e Gomes el sucesor de Spínola en la Presidencia antes de que termine el año de plazo?); segunda, una presión democrática del Ejército, tanto en su propia institución como en la generalidad del país; tercera, una mayor fuerza militar sobre el país, con la importante ocupación del resorte del orden y la seguridad internas (el Comando Continental) y con la Presidencia del Gobierno, que hasta ahora era de civiles, aunque sigan quedando civiles en él; cuarta, un posible retroceso de la reacción hacia la derecha, que había llegado a su «climax» posible y no ha conseguido seguir adelante.

**S**ON especulaciones. La situación de Portugal es enormemente móvil, afortunadamente para ese país. Está buscando su postura posible y tardará en encontrarla. Hasta que lo consiga, todos los peligros están en el aire. ■ E. H. T.

(Véase en este mismo número —páginas 22 a 25— el estudio de R. Gómez y J. Campos titulado «Portugal: la economía y el futuro», escrito antes de producirse la dimisión de Palma Carlos.)

